

Managua, 29 de Octubre de 1,931.

Señor Dr. don J. Bárcenas Meneses,
Granada.

Mi estimado amigo:

¡Qué debo hacer! Tengo que doblegarme ante las exigencias de un amigo tan bueno y bondadoso como Ud. Allí van por escrito mis recuerdos de los últimos sucesos de la acción de la Cuesta, pero limitados a los que yo ví o me fueron referidos por personas dignas de crédito.

El Gral. salvadoreño don Manuel Rivas había quedado ocupando sus posiciones después que el ejército del Gobierno huyó a la desbandada, y los revolucionarios derrotados se ponían en camino para León. El había visto con ánimo sereno todo lo que estaba pasando, y se imaginaba, según me lo dijo, que talvez los Jefes conservadores, cuando se dieran cuenta de los sucesos, tornarían con el ejército a ocupar las trincheras abandonadas. Por eso, cuando un ayudante del General en Jefe le comunicó la orden de concentrarse a Managua, contestó, más o menos, en los siguientes términos:

"Diga Ud. al señor Gral. en Jefe, que aquí no queda enemigo a la vista; y que yo no me concentraré mientras él no me lo ordene por escrito".

Esa orden fue dada, pero según mi criterio, el Gral. Rivas no se había dado cuenta de la situación. Ni los Jefes conservadores, ni nadie, habrían podido contener la desbandada del ejército. Acometer semejante empresa habría sido como tratar de impedir que se precipitaran en un recial las aguas de un caudaloso río.

Los sucesos de La Cuesta causarían risa, sino hubieran costado muchas lágrimas y mucha sangre.

Se pelea duramente; y después ambos ejércitos combatientes salen en precipitada fuga, huyendo el uno del otro

El ejército del Gobierno estaba triunfante; pero caen en medio de él unas granadas lanzadas por los vapores; y los soldados que estaban cerca huyen, al hacer éstas explosión; y los demás allá huyen siguiendo a los primeros; los otros adelante huyen siguiendo a los segundos; y luego el instinto de conservación en su forma defensiva, el miedo en el grado más alto se apodera de los soldados, y todos huyen disparando sus rifles como para darse valor. Nada de singular hay en todo eso. No había dicho don Ascensión Rivas "no tenemos ejército"?

Y mientras ocurrían estas cosas, donde está el General en Jefe, que no supo evitarlo? Se hallaba "picando la retaguardia" al enemigo. Bien pudimos entonces decir de Avilés lo que Aníbal dijo al contemplar el cadáver de Marcelo: "Valiente soldado, pero mal general".

Conviene que paremos por un momento nuestra atención sobre dos puntos muy importantes.

1o. Al Gral. don Hipólito Saballos, que ocupaba el cerro de Motastepe con 600 hombres, se le ordenó durante la batalla que atacara el flanco derecho del enemigo, y no lo hizo. Si hubiera cumplido esa orden, el triunfo del Gobierno se habría conseguido desde muy temprano, y los vapores, en vez de venir a bombardear La Cuesta, habrían tenido que dedicarse a proteger a los fugitivos.

2o. Parte del ejército desbandado penetró en Managua en un estado amenazante, los soldados sin obedecer a Jefe ninguno, iban por la calles vociferando y disparando rifles, como si se hubieran impuesto la obligación de acabar con el parque que llevaban en sus saquetes. Cualquiera que en aquellos momentos hubiese llegado a Managua, habría creído que en las calles se está librando una batalla. Y sin embargo, a pesar del relajamiento de la disciplina, no se atentó contra la vida de nadie, ni fue saqueado ningún establecimiento de comercio.

Yo pregunto a los hombres públicos de la actualidad: Podría repetirse hoy un hecho semejante? qué ha sido de aquel pueblo educado al calor de una paz octaviana en las luchas del trabajo, en el amor fraternal y el respeto a la propiedad? Qué se hicieron aquellos ilustres patriotas que no tuvieron otra ambición que el engrandecimiento y prosperidad de la patria, habiendo alguno que, siendo Presidente de la República renunciara sus honorarios en favor de establecimientos de beneficencia, y otro que ascendió pobre al poder y descendió más pobre todavía?

Me parece leer en los labios de Ud., amigo Bárcenas, la siguiente contestación:

"Esos fueron vencidos en La Cuesta. Su misma impericia para dirigir una batalla, habla

muy alto en su favor. Estaban acostumbrados a manejar los instrumentos de agricultura para cultivar la tierra, pero no a desenvainar el sable y disponer un hecho de armas. La acción de La Cuesta pone fin a un período de nuestra historia y da principio a otro diferente y es bien sabido que de un período a otro los pueblos cambian, lo mismo que las instituciones y las ideas reinantes. Así la Grecia de las Termópilas no es la misma de Cinocéfalos, ni la de Salamina se parece a la de Corinto, incendiada por Mummio". Pero prosigamos nuestro relato.

Así que hubo ingresado a la Capital el Gral. en Jefe después de la derrota, se dispuso la desocupación de Managua, y la traslación del Gobierno a Masaya.

Un tren del ferrocarril fue encargado de recoger todas las armas y municiones de guerra existentes; y a mí, que permanecía en la Mayoría General con un pequeño resguardo me fueron entregados veinticinco mil pesos para llevarlos a la Administración de Rentas de Granada. El señor Presidente y los Generales se encerraron en una de las habitaciones del interior, seguramente para discutir un nuevo plan de campaña en vista de los últimos sucesos.

A eso de las cuatro de la tarde se me ordenó trasladarme al tren con el dinero que estaba bajo mi custodia. El pequeño resguardo que tenía bajo mis órdenes se desbandó en ese momento, y los soldados fueron a incorporarse a las Compañías que habían llegado de La Cuesta. Yo tuvo que salir llevando sobre mis hombros el cajón de billetes. El tren se hallaba junto al Templo de Candelaria. Todos los carros estaban llenos de soldados que continuaban disparando sus rifles. El carro destinado al Sr. Presidente estaba cerrado con llave. Yo pude penetrar en él con mi cajón de billetes. Más tarde llegaron el Señor Presidente con sus ministros, los Generales del ejército y algunas personas notables, como el Dr. Adán Cárdenas.

Todo el viaje se hizo sin otra novedad que un ligero contratiempo en Sabana Grande como de media hora, durante el cual estuvimos oyendo los cañonazos que se cambiaban el vapor Progreso, que se dirigía a Tipitapa, con otro de la revolución, que lo perseguía.

Llegamos a la estación de Masaya a eso de las siete de la noche. Allí estaba esperándonos el Gral. Montiel con unos cincuenta rameños escogidos. Hizo bajar de los carros a los soldados que iban con nosotros y formar frente a la estación; y luego penetrar en Masaya marchando al compás de un tambor, hasta llegar a los cuarteles que les estaban preparados.

El Gral. Montiel, así que recibió después del medio día el tren que había pedido por la mañana, partió para Managua con la esperanza de llegar a tiempo de tomar parte en la acción. Antes de llegar a Sabana Grande encontró un grupo de fugitivos, a quienes hizo prisioneros creyéndolos desertores, no prestando fe al dicho de éstos, de que iban derrotados. Pero pronto tuvo que inclinarse ante la realidad del desastre: el pueblecito de Sabana Grande estaba hirviendo de derrotados. Regresó inmediatamente a Masaya y tomó posiciones en La Barranca, esperando ser atacado de un momento a otro, pues se imaginaba que los revolucionarios triunfantes irían tras de los derrotados para no darles tiempo de reorganizarse. Enseguida tuvo noticia por un telegrama que el Gobierno se trasladaba a Masaya.

A eso de las once de la noche, el Señor Presidente convocó a los Generales, a los miembros de su Gabinete y a algunas personas más para una reunión en una de las habitaciones del Hotel Ascárate. Yo asistí a esa reunión.

Una vez que todos estuvimos reunidos, el señor Presidente hizo una relación sucinta de los últimos acontecimientos, expuso con claridad la situación, y pidió a los Generales consejo de lo que debía hacerse.

El Gral. don Eduardo Montiel dijo más o menos lo siguiente:

"Considero la situación sumamente grave. La pérdida de la Capital es un golpe muy duro que ha recibido el Gobierno; pero todavía podemos luchar, y talvez convertir en triunfo la derrota. Tenemos actualmente La Barranca ocupada por trescientos rameños, con una oficialidad escogida; Tipitapa ocupada por ochocientos hombres al mando de un experto y valiente como el Gral. Alegría; y Jinotepe con quinientos hombres, según informes del Prefecto don José León Román. Esta es una magnífica línea de defensa. Fortalezcámosla lo mejor posible. Disciplinemos nuestro ejército, y esperemos que nos vengán a atacar. Cuando nos consideremos fuertes o haya una oportunidad, iremos a Managua a echar de allí a los revolucionarios."

El Gral. Vijil combatió al Gral. Montiel en los siguientes términos:

El Gral. Montiel no tiene todavía idea clara de la situación. Después del desastre de La Cuesta no sabemos quienes están con nosotros ni quienes en contra. Deberemos contar con la lealtad del ejército de Alegría? Lo dudo mucho. La mayor de esos soldados son de Managua, y a estas horas es posible que estén celebrando el triunfo de Zelaya. Y los 500 de Jinotepe serán nuestros? Eso para mí es otro problema. Resulta de todo esto que solo podemos contar con 300 rameños, a los que no debemos sacrificar, que no otra cosa sería esperar el ataque de un ejército grande, que viene enorgullecido por sus pasados triunfos. Mi opinión es que debemos reconcentrarnos a Granada. Proceder inmediatamente a la construcción de trincheras. Ese núcleo de 300 hombres bien disciplinado lo creo muy importante para la reorganización de este.

ejército desbandado. Demos orden, pues, a Alegría y a Román que se concentren a Granada con sus ejércitos. Ojalá que esas órdenes se cumplan.

El Gral. Avilés dijo entonces:

Los Grales. Montiel y Vijil discuten si debemos hacer resistencia aquí o en Granada. Pues yo les digo que con el ejército que tenemos seremos vencidos aquí, en Granada y en cualquier parte que tratemos de pelear. Después de lo que está sucediendo, debemos pensar que nuestro papel está concluido.

El Señor Presidente habló unas pocas palabras apoyando la opinión de Montiel; pero agregó que la resolución definitiva se tomaría según el desarrollo de los sucesos. Y suspendió la discusión.

No había transcurrido un cuarto de hora, cuando llegó al señor Presidente un telegrama del Gral. Alegría, que decía así:

Mi ejército se desbandó gritando Viva Zelaya.

Minutos después llegó otro telegrama de don José León Román concebido en estos términos:

"Soldados abandonaron sus rifles, y cada cual tomó el camino de su casa".

El siguiente día al amanecer, las calles estaban atestadas de soldados que habían ido llegando durante la noche. Los que habían sido acuartelados por el Gral. Montiel, se presentaron a sus compañeros, y todos vagaban de un lado para otro, sin obedecer a nadie.

Se dio orden a todos los Capitanes que organizaran sus compañías y las acuartelaran para pagarles sus sueldos. Y todo se hizo así; pero los soldados, luego que recibieron su dinero, volvieron a tomar la calle. En esas circunstancias, yendo el Gral. Montiel conmigo por la plaza principal en medio de aquella baraunda, se le cuadró delante el Gral. Rivas, y haciéndolo el saludo militar, le dijo:

General Montiel, en la guerra se juegan intereses muy altos para no contenerse ni ante la vida de dos o tres individuos. Si Ud. manda fusilar dos o tres de los principales de esta insurrección, antes de dos horas tendrá Ud. ejército.

General Rivas, contestó Montiel. Yo no soy el Jefe, y si lo fuera no mandaría fusilar a nadie. Preferiría perderlo todo, antes que mancharme de sangre.

Está Ud. perdido, General Montiel, dijo Rivas, y desapareció entre aquel imbolismo.

No bien habíamos regresado al hotel, y tomado asiento al lado del Señor Presidente, cuando se presentó el Gral. Avilés montado a caballo, y habló así:

Dije a Ud., Señor Presidente, que le indicaría cuando debía reconcentrarse a Granada. Es llegado ese momento. Penetraron hace una media hora las avanzadas del enemigo en el pueblo de Nindirí. Está listo el tren en la estación. Yo contendré al enemigo, caso que ataque mientras el Gobierno llega a Granada. Después me retiraré.

Inmediatamente se procedió a la traslación del Gobierno a Granada, adonde llegamos una hora más tarde.

Para todo lo demás, tome Ud. informe del Dr. don Agustín Pasos, quien tomó parte activa en los arreglos de paz.

Espero mi carta de solvencia, y me firmo su siempre afmo. y S. S.

PABLO HURTADO

PATRIMONIO ANTIGUO

"Toda nuestra vida social e intelectual se compone de algunos principios, muy poco numerosos en verdad: la institución de la familia, el matrimonio, el derecho de propiedad, el sentimiento religioso, la idea de lo bello, y, en materia de gobierno, las nociones de autoridad y de libertad. Y esto es, aproximadamente, todo. Ahora, todo esto nos viene del pasado, y las generaciones actuales, tan agitadas e innovadoras, no agregan nada, sin embargo, o muy poco, a este antiguo patrimonio. Me agradaría mostrar, si lo pudiese, todo lo que nosotros, los hombres del siglo actual, debemos a esas viejas edades, o, mejor, todo lo que estas viejas edades han puesto en nosotros y cómo ellas han construido nuestras sociedades y nuestro espíritu".

Foussel de Coulanges